

el partido socialista y el frente popular en Chile

A los dos años de la fundación del P.S. se produjo un cambio completo en la posición política del comunismo internacional. Ante la terrible amenaza del avance del fascismo y la reacción en Europa, la III Internacional, en su VII Congreso, celebrado en agosto de 1935, aprobó una nueva línea táctica, diametralmente opuesta a la seguida hasta ese momento. Abandonó el extremismo revolucionario y su ataque a los partidos socialistas y democráticos, y adoptó una postura de unidad política y sindical, en especial con los socialistas, y de colaboración con las fuerzas burguesas liberales, en defensa de la **democracia contra el fascismo**, concretándola en la realización de la fórmula práctica de dar vida a **frentes populares**.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DEL FRENTE POPULAR

En el VII Congreso de la Komintern, su jefe el dirigente búlgaro G. Dimitrov, se expresó del fascismo en estos términos: "El fascismo en el poder es la abierta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas del capitalismo. La variante más reaccionaria del fascismo es el fascismo tipo alemán. Se intitula impudicamente nacional-socialismo, sin tener nada de común con el socialismo. El fascismo hitlerista no es un nacionalismo burgués, sino un chauvinismo bestial. Es un sistema gubernativo de bandidaje político, un sistema de provocaciones y de torturas para la clase obrera y para los elementos revolucionarios del campesinado, de la pequeña burguesía y de los intelectuales. Es la barbarie medieval y el salvajismo". En otro párrafo agregaba: "El fascismo es la ofensiva más feroz del capital contra las masas trabajadoras. El fascismo es el nacionalismo patriótico más desenfundado y la guerra de conquista. El fascismo es la reacción implacable y la contrarrevolución. El fascismo es el peor enemigo de la clase obrera y de todos los trabajadores".

En términos parecidos se expresaron Stalin y los diversos dirigentes comunistas de todo el mundo. La URSS pasó a formar parte de la Sociedad de las Naciones y a defender sus principios, y los comunistas pusieron en el primer plano de su acción la defensa del régimen democrático burgués.

Hasta ese instante, en la lucha social y política, se habían enfrentado el proletariado y la burguesía, sostenida ésta por las clases medias. El apoyo de la clase media a la burguesía se debió a diversas circunstancias: a su falta de homogeneidad y cohesión orgánica a causa de la naturaleza misma de sus componentes: pequeños industriales, agricultores modestos, comerciantes de escasos recursos, empleados secundarios; a su carencia de una finalidad histórica por cumplir como clase social definida, y por el ataque continuo y violento del proletariado. Se abrió una grieta en la alianza de la clase media con la burguesía a raíz del proceso creciente de concentración y centralización de la producción capitalista en manos de oligarquías reducidas, y como consecuencia, la pauperización y proletarización de las clases medias. El fascismo, con su propaganda demagógica, atrajo a vastos sectores medios; pero otros numerosos contingentes quedaron a disposición de una posible influencia de la clase obrera.

En este hecho se centrará la táctica del Frente Popular: sellar la unidad de clase del proletariado, poniendo término a sus revertas intestinas y estériles, causa de su debilidad; y fin de su beligerancia torpe respecto de las clases medias, menospreciadas en su lucha contra el capitalismo. El término de las discusiones en el campo obrero y el acercamiento a la pequeña burguesía, ante la amenaza del gran capitalismo y del fascismo, marcan la raíz de los frentes populares y del nuevo movimiento político democrático. La consigna vital de la época fue la de la unión férrea de los obreros de la ciudad y del campo con los sectores de la pequeña burguesía, arruinada y empobrecida por la explotación del alto capitalismo, para detener las dictaduras fascistas y mantener las garantías democráticas, la libertad y la paz. Los Frentes Populares constituyeron una conjunción de las clases proletarias y medias, con programas esencialmente democráticos, para contener el avance de las fuerzas fascistas. La lucha social y política se ubicó en un nuevo plano: democracia contra fascismo.

El Frente Popular significó una etapa de lucha de las masas trabajadoras en su larga jornada hacia la conquista del socialismo; y en este caso una etapa defensiva, para reconquistar o defender las libertades públicas. Muy lejos del socialismo, significaba la unidad de acción del proletariado y las clases medias para mantener las conquistas democráticas logradas por las clases trabajadoras y detener el fascismo, dictadura sangrienta del gran capital.

La formación del Frente Popular en Chile tuvo alternativas y dificultades previas bastante considerables. Lo resistían el PS y un sector del Partido Radical; lo propiciaban con entusiasmo el P. C. y un sector del Partido Radical, pero incluso en el seno del P. C. encontró tropiezos.

Los socialistas resistieron la nueva consigna del Frente Popular por estimar que las fuerzas democráticas populares estaban aglutinadas en el Block de Izquierdas, en cambio en la nueva combi-

nación, tal como era propiciada, permitiría el crecimiento del comunismo stalinista; el robustecimiento del Partido Radical, (dividido y maltrecho por su colaboración a la tiranía "legal" de Alessandri-Ross), y, sin duda, prevalecería la política del ala más conservadora de las fuerzas democráticas, es decir, de los sectores burgueses del Partido Radical, deformándose la línea revolucionaria y popular del movimiento socialista y del movimiento obrero.

Los comunistas desencadenaron una intensa campaña de unidad, movilizándose con agilidad en todos los sectores y explotando los éxitos de Francia y España; y apuntó con especial cuidado al interior del Partido Radical y del Partido Socialista. Exaltó y rodeó de simpatía a los dirigentes "unitarios" y, a la vez, colocó en la picota del oprobio a los tildados de "anti-unitarios", enemigos de la unidad popular. En definitiva consiguió hacer triunfar su nueva consigna y hacerla profundamente popular.

En la asamblea radical de Santiago encontraron fieles cooperadores, como Manuel Cabezón Díaz, Carlos Céspedes, y, en especial, Justiniano Sotomayor. Un discurso de éste, y que lo hizo famoso, en una sesión de la dicha asamblea, en febrero de 1936, aprobando un voto a favor de la constitución del Frente Popular, tuvo una influencia decisiva en la actitud final del Partido Radical. Además en la Junta Central de esa colectividad fueron sus partidarios influyentes Pedro Enrique Alfonso, Héctor Arancibia Lazo, Humberto Álvarez Suárez y Gabriel González Videla.

Las victorias electorales del Frente Popular en Francia y España crearon una innegable mística frentista, a la cual se sumó el profundo sentimiento de repudio a la reaccionaria gestión gubernativa de Alessandri-Ross. El gobierno de Alessandri sólo podría ser derrotado, se pensaba, por la acción mancomunada de todas las fuerzas políticas "democráticas". Después de muchas gestiones el Frente Popular Chileno quedó constituido el 2 de Abril de 1936. Se consolidó con una primera y sensacional victoria electoral, en la agrupación de Bio-Bio, Malleco y Cautín, donde se ganó la elección complementaria de un senador, de cuyo voto dependía la aprobación o el rechazo de una nueva ley de facultades extraordinarias, por medio de las cuales Alessandri mantenía su dictadura "constitucional".

LAS PERIPECIAS DEL FRENTE POPULAR La línea del Frente Popular exigió una preparación cuidadosa en el seno del propio Partido Comunista. La Kominintern destacó a tres altos funcionarios en Chile para difundirla: el profesor checoslovaco Federico Glaufbauf, el dirigente alemán ecuatoriano educado en Praga, Manuel Cazón, y el periodista peruano Eudocio Ravines. El profesor Glaufbauf se dedicó a desarrollar cursos de capacitación marxista, con el objeto de mejorar y elevar el nivel teórico y político de los cuadros dirigentes del PC., adaptándolo a las posiciones propias de la nueva etapa de Frente Popular. El dirigente Cazón tuvo por misión colocar al PC., en la

nueva línea política de la Komintern: ingreso de la URSS en la Liga de las Naciones, mejoramiento de sus relaciones con los Estados Unidos y potencias democráticas; apoyo en los países subdesarrollados a gobiernos militares populistas (Chiang Kai-Shek, en China; Batista y Vargas, en Cuba y Brasil...). La aplicación del Frente Popular y su correspondiente democracia populista, encabezada por un militar, en Chile, constituyó la preocupación fundamental de Cazón. Este encontró el caudillo adecuado en la persona del ex-dictador Carlos Ibáñez del Campo. Aunque resistido por los viejos líderes del PC. (Elías Lafferte, Barra Woolf), finalmente el PC. lanzó un famoso manifiesto en favor del general e impuso la candidatura senatorial por Santiago del periodista Juan Luis Mery, de reconocida adhesión ibañista y adversario decidido de Alessandri-Ross, a raíz de la defunción de Pedro León Ugalde. Por otro lado, encontró adeptos tanto en pro del Frente Popular como de la candidatura presidencial de Ibáñez, en sectores del Partido Radical (J. A. Ríos) como del PS. (Ricardo A. Latcham, Amaro Castro, Arturo Natho, quienes llegaron a la división dando vida a un grupo denominado "Unión Socialista" al servicio de aquella fórmula). Pero, la resistencia general del PS., a la posible candidatura de Ibáñez, (el PS., había levantado su propia postulación en la persona del combativo y popular coronel Marmaduke Grove, enemigo de Ibáñez y líder de la breve revolución socialista del 4-16-VI-1932); de un sector poderoso del Partido Radical, y de muchos elementos jóvenes e independientes de la izquierda, no permitían el avance de aquella pretensión. Además, la adhesión fanática y ruidosa del Movimiento Nacional-Socialista, encabezado por Jorge González von Marées, copia ridícula del hitlerismo alemán, daba un marcado tinte fascista a la candidatura de Ibáñez, quien por lo demás cargaba con un ominoso pasado dictatorial y terrorista. En medio de estas maniobras desconcertantes llegó el dirigente comunista Eudocio Ravines, quien usó el pseudónimo de Jorge Montero y sacó a luz un periódico denominado "Frente Popular", de rápida influencia en los sectores izquierdistas. Trajo en forma explícita la consigna de Frente Popular antifascista, con dirección y candidatura de representantes destacados de los partidos democráticos-burgueses "que aún no habían tenido el poder". (Cazón abandonó el país.) El secretario general del PC, Carlos Contreras Labarca, sirvió con habilidad y tesón la línea de Eudocio Ravines.

Los comunistas no simpatizaron con un abanderado socialista y no le vieron posibilidades electorales a la candidatura popular de Marmaduke Grove. Fijaron su atención exclusivamente en las filas del radicalismo. Y aquí se impuso la figura del viejo político Pedro Aguirre Cerda. Este pretendía ser candidato al estilo del año veinte, en brazos de una Alianza Liberal, de radicales, liberales, democráticos y socialistas; y ante la imposibilidad de revivir tal combinación, a causa de la estrecha unión de conservadores y liberales en torno a Ross y con el pleno respaldo del gobierno, como

de la amenaza de una posible candidatura de Juan A. Ríos, (a quien miraban con simpatía sectores radicales y de otros partidos del Frente Popular; únicamente los socialistas lo rechazaban en forma terminante), entró a apoyar el Frente Popular, con su famosa metáfora de que el puño en alto, símbolo de lucha del Frente Popular, no era la amenaza de destrucción del enemigo, como aseguraban sus opositores, sino la unidad apretada de sus cinco componentes: PR., PS., PC., PD. y CTCH.

El PC. orientó el Frente Popular y llevó su táctica a todos los planos de la actividad, infiltrándose de manera absorbente en los diversos organismos creados. Bajo la dirección de Eudocio Ravines y su equipo político, brotaron la Liga de los Derechos del Hombre, (con intelectuales y profesionales democráticos, burgueses...); la Alianza de Intelectuales de Chile, (Alberto Romero, Augusto D'Halmar, Pablo Neruda, Roberto Aldunate, etc.), y su revista "Aurora de Chile"; el Movimiento de Emancipación de las Mujeres, (Mench), con Elena Caffarena, Marta Vergara, etc., los Comités de Ayuda al Pueblo Español; la "Casa América", en Alameda esquina Prat...

(El P. C. captó a destacados elementos de la burguesía nacional, los cuales colaboraron con fidelidad en sus labores. En una de las crónicas de Wilfredo Mayorga, en "Ercilla", en la cual entrevistó al sagaz dirigente radical Osvaldo Sagües, de mucha participación en el gobierno del Frente Popular, éste dio abundantes noticias sobre las maniobras ocultas para dar vida al Frente Popular. Ahí menciona los muchos hogares aristocráticos en los cuales se realizaron cursos clandestinos de capacitación marxista-comunista: recuerda a un médico "burgués", ya fallecido, y a doña María Aldunate vd. de Valdés, suegra de Eduardo Alessandri, en calle Cienfuegos).

El Frente Popular significó en la práctica la extensión y profundización del Block de Izquierdas, con la inclusión del Partido Comunista y el Partido Radical; secundó la unidad sindical, con la creación de la Confederación de Trabajadores de Chile, (CTCH.), en diciembre de 1936; evitó el peligro de una dictadura reaccionaria permanente; y obtuvo una victoria resonante en la lucha presidencial del 25 de octubre de 1938. Se inició un gobierno democrático, en el cual participó el Partido Socialista, con tres ministerios, junto al Partido Radical, mayoritario y preponderante, y al Partido Democrático. Desde el primer instante se evidenció el desacuerdo profundo entre los componentes de la nueva administración, lo cual imposibilitó una gestión renovadora eficiente. Por otro lado estalló la segunda guerra mundial, antes de cumplirse el primer año de gobierno, agravándose la situación de la economía nacional. El acontecimiento señalado estuvo precedido de un acto inesperado y desconcertante, de grave repercusión en el seno del Frente Popular: el gobierno soviético firmó un pacto de no agresión y de alianza con el régimen nazi. Stalin e Hitler se dieron la mano a través de sus respectivos Ministros de Relaciones Exteriores, Molotov y von Ribbentrop. Según Molotov,

“Rusia y Alemania dejaban de ser enemigos” y agregó: “Nos comprometemos a trabajar por la amistad de la Unión Soviética y de la Alemania y por el desarrollo y florecimiento de esa amistad”. Hitler respondió: “Todas las intenciones de las potencias democráticas para modificar en algo el pacto, fallaron lamentablemente. El discurso pronunciado por el Comisario de Relaciones, Molotov, sólo puedo apoyarlo palabra por palabra”.

El pacto Stalin-Hitler produjo confusión en el Frente Popular Chileno y puso tirantes las relaciones entre el Partido Comunista y el Partido Socialista. Los comunistas desataron un ataque verbal violento contra la democracia burguesa y el imperialismo franco-anglo-norteamericano, y a sus líderes, incluso Roosevelt, los acusaron de traficantes de guerra. Entonces, los socialistas, defensores de una política antifascista, no pudieron entenderse lealmente con los comunistas, aliados y solidarios de la agresión del nazismo. El P.S. señaló las razones odiosas del pacto y denunció la responsabilidad de la URSS. en el desencadenamiento de la segunda guerra mundial, aunque según Molotov, significaba la neutralidad de Rusia en el conflicto entre Alemania y Polonia y estaba destinado a evitar la guerra y a afianzar la paz.

Un documento del Partido Socialista refutó tales declaraciones y afirmó: 1º En vez de evitar la guerra la precipitó inmediatamente, porque Hitler seguro de no ser atacado por Rusia y de la imposibilidad de la ayuda franco-inglesa, invadió rápidamente el territorio polaco con su inmensa superioridad en armas y hombres. El ataque se produjo minutos después de ser ratificado el pacto nazi-soviético, demostrándose así que era la garantía esperada por Hitler para desatar la invasión. 2º En vez de asegurar la paz provocó la guerra, pues Francia e Inglaterra tenían un tratado de ayuda militar con Polonia. Si Stalin no hubiera pactado con Hitler la contienda no se habría producido por el terror de éste a una conflagración general y a una guerra en dos frentes. El pacto lo estimuló a la agresión y lo convirtió en triunfador. 3º Implicó una brutal negación a la política seguida por Stalin y la III Internacional en defensa del régimen democrático y de acercamiento a las potencias democráticas. Reemplazó la lucha antifascista por el entendimiento con el fascismo hitleriano en guerra con los países democráticos. A partir de ese momento el comunismo stalinista no podía seguir pregonando su defensa del régimen democrático y se colocaba abiertamente al lado de la “barbarie” y el “salvajismo” y de la “agresión desenfrenada”, como había manifestado Dimitrov al caracterizar el hitlerismo. 4º Fortaleció las pretensiones internacionales del fascismo, su política de agresión a los países más débiles y afianzó su estabilidad como gobierno. En vez de debilitarlo, Stalin le dio mayor prepotencia y, por otra parte, remachó las cadenas del proletariado alemán aherrojado por las garras de la Gestapo. 5º Desenmascaró los apetitos imperialistas de la URSS, al participar en el nuevo reparto de Polonia. Aquello de “Pacto de no-agresión”, y de la “neutralidad soviética”,

resultó ser una farsa brutal. El pacto estaba destinado a facilitar la dominación de Polonia por el hitlerismo y, en seguida, proceder a su repartición entre Alemania y la URSS. O sea, Stalin renegó también del principio de “la libre determinación de los pueblos”, sostenido hasta el día anterior al Pacto.

Los dirigentes del PS., sin excepción, condenaron el Pacto y el nuevo viraje de la III Internacional. El diputado César Godoy Urrutia, líder de la corriente de oposición al C.C., en el semanario oficial “Consigna”, del 16 de septiembre de 1939, insertó un artículo titulado: “¿Qué podemos esperar de Rusia?”, escrito a riesgo de “quedar inscrito en el Index, de ser llevado y traído como un “perro trotskista”, de ser motejado de “agente de esto o de aquello”, por el deber de decir su palabra ante el reciente capítulo escrito en la historia de las claudicaciones y del derrotismo: el pacto nazi-soviético. Y en un párrafo comentaba con ironía los virajes comunistas en nombre del realismo y de la dialéctica —¡especie de Celestina!—. El autor de este trabajo, publicó en “Consigna” del 2 de diciembre de 1939, un artículo titulado “Anotaciones al último discurso de Dimitrov”, en el cual analizaba los virajes del líder moscovita y anotaba que si la nueva política pacifista de la III Internacional prosperara en las masas de Francia e Inglaterra, significaría la victoria del nazismo y la germanización de Europa, y el mismo “padrecito” Stalin experimentaría personalmente la amistad de Hitler.

EL PROGRAMA DEL P. S. EN EL GOBIERNO DE FRENTE POPULAR

En el gobierno, la combinación frentista no demostraba ninguna celeridad en la resolución de los problemas del país, a causa de las divergencias de sus componentes, el choque de sus intereses partidarios, y la confusión, ya señalada, en el campo obrero a raíz de las repercusiones del pacto nazi-soviético.

En medio de la confusión y el desorden reinantes, el PS. impulsaba la realización de un programa mínimo como base del establecimiento de una democracia popular y jalón hacia el socialismo. Agitaba su plan de reivindicaciones y trataba de movilizar a las masas en un amplio movimiento dirigido a conseguir esas reformas vitales y a socavar las bases de la burguesía. Desde el Gabinete, el Parlamento, los municipios y los sindicatos, desde las fábricas y los movimientos de aspirantes a tierras, el PS. gastaba toda su energía en imponer sus aspiraciones y en fortalecer la lucha de las masas, hasta conseguir el desarticulamiento del poder económico de la plutocracia y, en su reemplazo, echar las bases de una economía popular.

Ante todo, exigía la planificación de la economía nacional, la destrucción del latifundio y la nacionalización de las riquezas del suelo y del subsuelo, y el fortalecimiento de la democracia. A su juicio, era una necesidad ineludible poner término a la desorganización de la economía, sometiéndola a un plan de conjunto en

relación con las necesidades vitales del país y sus posibilidades internacionales. La producción debía ser sometida al control del Estado regulándola en función del bienestar colectivo. Desde el triunfo del Frente Popular, el PS., planteó la urgencia de constituir una Junta Económica Nacional, y en octubre de 1939, al exponer su Plan de Acción Económico-Nacional, con motivo del cambio de su primer equipo ministerial, precisaba que debía estar dirigido por el Presidente de la República e integrado por los Ministros de Hacienda, Relaciones Exteriores y Comercio, Fomento, Agricultura y Tierras y Colonización. Su objetivo sería el de dirigir la economía nacional en todos sus aspectos, aplicar una política de fomento y crédito y llevar a cabo las reformas fundamentales necesarias a un acelerado desarrollo económico.

En primer término, dentro de esas grandes reformas, era imperioso expropiar la tierra no cultivada en forma normal; subdividir los latifundios entre los trabajadores agrícolas, de acuerdo con la consigna: "la tierra para el que la trabaja". Para evitar los efectos perniciosos inherentes a la pequeña y mediana propiedad según el modo individualista de explotación, se organizaría en centros de producción y en cooperativas agrícolas de producción, para permitir mayores facilidades en el trabajo, mayor rendimiento en la producción y menor costo de producción por la eliminación de los intermediarios parásitos. Al mismo tiempo se propendería a la constitución de haciendas colectivas, explotadas directamente por el Estado, y colonias colectivas, con salarios adecuados y participación de los trabajadores en las utilidades.

El gobierno debía expropiar los latifundios y todos los terrenos incultos o baldíos. Frente a la realidad del momento propiciaba la ayuda a los pequeños y medianos propietarios, dándoles crédito a bajo interés y facilitándoles semillas, aperos y maquinarias; pedía el mejoramiento de los salarios de inquilinos y peones y la implantación del salario vital en el campo, más la construcción de viviendas confortables, servicios de salubridad y otros beneficios de la civilización. Exigía la libertad de sindicalización de las masas campesinas, como una manera de incorporarlas a la lucha consciente por su mejoramiento social, económico y cultural.

Ante la Caja de Colonización, señalaba su inutilidad, por cuanto en diez años de existencia, con un gasto de 98 millones de pesos apenas había colocado 1.083 colonos y, en cambio, sostenía un desmesurado cuerpo burocrático. Exponía la conveniencia de dotarla con un presupuesto de 300 millones de pesos anuales para llevar a cabo un vasto plan de colonización agrícola.

Frente a las riquezas naturales del país, junto a su defensa y a impedir la explotación incontrolada de aquellas en poder de los consorcios imperialistas, se las debía recuperar progresivamente, y defender sus reservas procediendo a su explotación por cuenta del Estado. Exigía revisar los contratos con los consorcios imperialistas y disolver a aquellos monopolios contrarios a los intereses nacionales, como la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo, por-

que una correcta política salitrera debía tender a su nacionalización hasta pasar a manos del Estado; asimismo, el ferrocarril salitrero, desde Pueblo Hundido a Iquique; y la Compañía Chilena de Electricidad, y se debía nacionalizar la energía eléctrica para aprovecharla con fines de bienestar colectivo, y realizar un plan completo de electrificación en conexión con el desarrollo de nuevas industrias y el mejoramiento de los transportes. La electrificación y la industrialización eran reivindicaciones fundamentales y propias de las tareas de un gobierno popular. Los capitales necesarios para llevar a cabo el ambicioso propósito podían obtenerse del control estricto del imperialismo por el Estado, obligándolo a dejar en el país el mayor porcentaje de las utilidades de la explotación de las materias primas nacionales.

En su programa reclamaba una acción enérgica contra los monopolios y la represión del agio y la especulación desatadas para obtener mayores beneficios a costa de las masas consumidoras. Asimismo, pedía la nacionalización del crédito y la creación del Banco del Estado, con el objeto de destruir el monopolio crediticio en manos del Banco de Chile, el Banco Edwards y el Banco Español de Chile y facilitar crédito barato a los productores modestos, de la industria, agricultura y comercio; poner término a la desvalorización monetaria; alentar el desarrollo de la industria; mejorar la capacidad adquisitiva de las clases trabajadoras.

En su manifiesto dirigido al país, en enero de 1940, el PS. reclamaba la intervención del Estado "en el control de algunos productos vitales mediante la formación de estancos, como el del trigo y la harina, el azúcar, el tabaco, el petróleo, el carbón, el cemento y otros, que junto con significar abaratamiento de los precios permitiría organizar efectivamente la producción de acuerdo con las necesidades internas y el comercio exterior".

En materia de salarios, en Chile no debía haber "un solo hombre sin trabajo justamente remunerado", con recursos suficientes para satisfacer sus necesidades vitales. El porvenir de la raza y la salud del pueblo imponían la reducción de la semana de trabajo a 42 horas y la fijación de salarios adecuados al obrero y a la mujer trabajadora, y de acuerdo con la fórmula: "a igual trabajo, igual salario"; una severa protección al trabajo de los menores; y un aumento sustancial de los salarios de los trabajadores del campo. Otro tanto debía llevarse a cabo en el mejoramiento de los sueldos de los empleados, poniendo un tope a los más altos, impidiendo la acumulación de cargos, y atendiendo en forma especial a los bajos.

La política de mejoramiento de salarios y sueldos debía ir aparejada a una política de abaratamiento de los artículos de primera necesidad, (azúcar, carne, leche, pan), del vestuario y de los cánones de arriendo.

Por otra parte era indispensable perfeccionar la legislación social, modificándola en el sentido de proteger en forma eficaz a las clases laboriosas, dando una mayor intervención al Estado en

la solución de los conflictos, y una mayor defensa a los trabajadores, contemplando en el Código del Trabajo la implantación del salario vital para obreros, trabajadores, campesinos y empleados particulares.

La salud del pueblo chileno exigía una atención preferente de parte del Estado a fin de eliminar las causas engendradoras de su elevada mortalidad; implantar una medicina preventiva en eficaz y oportuno resguardo de la existencia del trabajador, creando subsidios para el enfermo y medios de subsistencia para la familia; sanatorios, hospitales y campos de reposo; protección a la infancia desvalida, a los escolares indigentes, a la madre obrera; demolición de los conventillos y ranchos, focos de epidemia, y realización de un vasto plan de edificación popular, a fin de dar vivienda sana, confortable y barata a los trabajadores, (grandes poblaciones obreras, a base de colectivos en las proximidades de los centros de trabajo, dotados de salas cunas, jardines de infantes, comedores populares, cooperativas de consumo, etc., huertos obreros, almacenes populares de vestuario...).

En cuanto a la educación era imprescindible, llevar a cabo una reforma profunda de acuerdo con las realidades económicas y sociales del país, resguardando el destino de la infancia obrera y campesina y propulsando la capacitación técnica y la eficiencia de los trabajadores. El control total de la enseñanza por el Estado, instaurando la escuela única, gratuita, obligatoria, asistencial y laica, y, en general, respondiendo a un sentido democrático, popular, realista, y obedeciendo a un concepto social tanto en su finalidad como en sus métodos y formas. Debía existir completa libertad ideológica y política para el magisterio y estabilidad en sus cargos; y sustancial mejoramiento de su situación económica. Y afrontar con vigor la eliminación del analfabetismo y de la deserción escolar.

En el propósito de obtener mayores recursos con el objeto de llevar a la práctica las reformas sociales urgentes, se procedería a revisar el régimen tributario nacional, eliminando los impuestos indirectos, y aplicando impuestos directos, al lujo y artículos suntuarios; impuestos progresivos a las herencias, al juego, a los terrenos baldíos, al capital improductivo, a las grandes fortunas y a las grandes utilidades, a las minas no trabajadas, a los consorcios imperialistas...

Reajuste y mejoramiento de la Administración Pública; honestidad administrativa, supresión del acaparamiento de sueldos, fijación de un sueldo mínimo compatible con la decencia y dignidad de las funciones y fijación de un sueldo máximo; depuración de la administración de todos aquellos funcionarios deshonestos e incapaces; superación del trabajo administrativo.

Finalmente, en la misma medida de la realización de las reformas económicas y sociales, se procedería a consolidar las garantías democráticas y a superar la democracia política, para ponerla al servicio del pueblo; organización sindical de los obreros, em-

pleados y campesinos; igualdad de derechos políticos de hombres y mujeres; inscripciones electorales permanentes; eliminación del cohecho. En resumen, suprimir las desigualdades sociales y fortalecer la organización política de la clase trabajadora con su mayor participación en la dirección de los destinos nacionales.

CONTRADICCIONES E INEFICACIA DEL GOBIERNO DE FRENTE POPULAR

En el Gobierno de Frente Popular, radicales, socialistas, democráticos y comunistas asumieron la dirección política del país como un conjunto de fuerzas heterogéneas, sin una política económico-social definida, sin un plan de realizaciones efectivas y carentes de una finalidad clara y concorde. Desde el primer día improvisaron en medio de encontradas y dispares modalidades para apreciar la realidad del país. El Frente Popular en si mismo, como agrupación y táctica políticas, era un pésimo instrumento de lucha, era apenas una alianza transitoria para ganar elecciones. En el Gobierno se exhibió como una combinación política sin ninguna afinidad social interna y sin un plan para desenvolverse durante los seis años de la Presidencia recién conquistada; tampoco tenía poder sobre los medios de producción y cambio del país y, además, se encontraba en minoría en el Poder Legislativo. El Gobierno de Frente Popular siguió la misma política de arreglos y tramitaciones de los regímenes anteriores. El mejoramiento de las condiciones de vida y el aumento de salarios, factores elementales de una política popular, fueron conseguidos a costa de una lucha constante de las masas. Pero el costo de la vida subía más rápidamente que los salarios y sueldos. El gobierno de Frente Popular no hizo ningún análisis objetivo y serio de las condiciones en que recibía el país de manos del régimen conservador, ni entregó ninguna publicación sobre el estado real de las reparticiones fiscales y semifiscales, de las finanzas del Estado, para establecer y deslindar responsabilidades. Luego, el Gobierno de Frente Popular permitió el alza sistemática de los artículos de consumo, a pesar de conocer las fuentes y el origen de la especulación. La oposición reaccionaria, el conjunto de las fuerzas políticas conservadoras vencidas en 1938, atacó con toda clase de armas a la administración popular acusándola de muchos errores de las anteriores presidencias como si fueran suyos mientras en el fondo, por las garantías dadas, se aprovechó para llevar a cabo vastas especulaciones y, a la vez, esparcía el desconcierto, el descrédito y la confusión en el plano político. La reacción intacta llevó a efecto una permanente obstrucción parlamentaria, puso toda clase de entorpecimientos y dilaciones en la administración fiscal y semifiscal; sabotó la producción por medio de la disminución de las siembras y la restricción de los créditos; y una especulación desenfadada le permitió realizar grandes utilidades, encareciendo en forma exorbitante los artículos de primera necesidad. Por otro lado, no fue capaz el Gobierno de ampliar las instituciones

democráticas. No se reformó la ley electoral, no se permitió la sindicalización campesina, ni se impulsó la colonización.

El Gobierno de Frente Popular resultó muy mediocre demostrando una debilidad orgánica que ni la misma reacción se imaginó. Entonces su ofensiva arreció desde todos los ángulos, mientras la inoperancia del régimen desalentaba a sus propios miembros. Esta debilidad del Frente Popular permitió el enriquecimiento de las capas altas del país a costa de la miseria del pueblo, y su robustecimiento considerable, pues sus privilegios se mantuvieron incólumes. La plutocracia controlaba todos los medios de producción, de crédito y de cambio, y al permitirle el gobierno actuar libremente, especuló y se enriqueció. De ahí su fortalecimiento clasista y el aumento de su poderío económico, llevándola a luchar audazmente para recuperar el poder político (conspiraciones, golpe de Ariosto Herrera en agosto de 1939).

Lo positivo en el haber del Frente Popular fue el mantenimiento y respeto de las libertades públicas. De ellas se aprovecharon los enemigos del régimen para tratar de derribarlo. En cambio las masas agobiadas por la pobreza no podían apreciar el valor de tales libertades, por cuanto a su sombra y protección sufrían una explotación mayor y su miseria experimentaba un crecimiento trágico. En el campo de los partidos políticos se produjeron algunas novedades. Así el Movimiento Nacional Socialista se transformó en Vanguardia Popular Socialista, manteniendo una nueva posición de tinte democrático, ante el impulso de la marea popular. Para subsistir después de sus desastres, culminantes en el trágico 5 de septiembre y su obligado apoyo a la candidatura popular de Aguirre Cerda, debió renegar de su contenido fascista hasta morir democráticamente algún tiempo más tarde. Por otra parte, la Falange Nacional, movimiento aglutinador de un importante sector de la "juventud conservadora", se desarrolló en ciertas proporciones con un programa social-católico, teóricamente bebido en algunas encíclicas papales y en las posiciones de León Bloy, Maritain, Berdiaef, Lebret y otros pensadores cristianos, propulsores de la humanización del capitalismo. La Falange Nacional nació con el deseo de aprovechar el desvitalizamiento del Partido Conservador, sordo y ciego ante los cambios económicos-sociales del mundo, encerrado en un egoísmo individualista impermeable a las nuevas ideas democráticas y enemigo de las transformaciones en favor de las clases populares.

El régimen de Frente Popular exhibió siempre una permanente fragilidad orgánica, manifestándose en la pugna abierta y constante entre sus componentes, (alianzas parciales y campañas subterráneas de desprestigio contra terceros), en el aumento de la burocracia fiscal y semifiscal para satisfacer la voracidad del Partido Radical y la competencia de los demás partidos integrantes del gobierno y de los que, estando fuera, (Partido Comunista y Derechas), exigían compensaciones para dar paso a las pequeñas innovaciones del Frente Popular. El gobierno debía reorganizar

la administración para impedir el sabotaje y la obstrucción; no obstante dejó casi intacta la burocracia derechista y sobre ella agregó su propia capa de empleados.

Durante los años 1939 y 1940, en lo esencial, el ritmo del gobierno siguió igual a los años anteriores y la falta de realizaciones se disimuló con el pretexto de la minoría izquierdista del Congreso. Todo se postergaba para después de las elecciones generales de Marzo de 1941, y sólo al conquistarse una mayoría frentista se podría llevar a efecto un plan de reformas democráticas. El más ferviente deseo de la pequeña burguesía democrática, médula social del Partido Radical, eje todopoderoso del gobierno, era, como siempre, "que la lucha se ventilase por encima de sus cabezas en las nubes, entre las ánimas benditas del Parlamento". Ningún gobierno había logrado, en nuestro país, reunir en su torno tal apoyo y adhesión esperanzada como el triunfante en 1938, con don Pedro Aguirre Cerda. Bien pudo, para corresponder siquiera en pequeña parte a tan decidida posición, como primera medida de un gobierno nuevo y renovador, imponer la disolución del Congreso, por no representar sino el dinero de la oligarquía y la intervención oficial del régimen Alessandri-Ross. El Gobierno de Frente Popular debió ser, y pudo serlo, un régimen renovador democrático-burgués, impulsando desde arriba transformaciones económicas, sociales y políticas para abrir una era de democratización de la riqueza, de la cultura y de las instituciones, pero nada profundo hizo, salvo la creación de la Corporación de Reconstrucción y Auxilio para levantar las provincias destruidas por el terremoto de enero de 1939, y la Corporación de Fomento a la Producción. (La Corfo surgió de las ideas sobre la urgencia de una dirección económica del Presidente de la República, de su Ministro de Hacienda, el ingeniero Roberto Wachholtz, y de la presión de los partidos integrantes del Frente Popular. En la redacción definitiva del proyecto de la Corporación de Fomento de la Producción participaron Angel Faivovich, Pedro Opitz, Rolando Merino Reyes, Juan B. Rossetti y Pedro Cárdenas. En el Parlamento encontró una cerrada oposición de parte de los congresales de derecha, y de esta suerte, en el Senado, el proyecto de ley se aprobó gracias al voto favorable del senador conservador Francisco Urrejola, quién no se sometió a las directivas de su partido, por estimar que el proyecto era de utilidad nacional).

Aunque planeada su creación con un criterio social avanzado, fue desvirtuada y entregada su dirección a elementos de concepciones económicas atrasadas y conservadoras.

DEBILIDAD Y FRACASO DE LA PARTICIPACION SOCIALISTA El Partido Socialista, partido popular mayoritario, planteó al gobierno un programa concreto y definido de reformas, tendiente a dar alivio a las masas y democratizar efectivamente al país. En primer lugar estimaba necesario someter toda la economía nacional a un plan de con-

junto e iniciar su desarrollo por medio de la intervención drástica y técnica del Estado, para lo cual debería constituirse una Junta Económica Nacional, con los poderes y medios adecuados para realizar dicha medida. En segundo término, exponía las grandes reivindicaciones nacionales inmediatas: Reforma Agraria y creación del estanco del trigo y harina; nacionalización de las industrias fundamentales: carbón, energía eléctrica y tranvías, transportes, telégrafos y teléfonos, cemento, papel, paños, loza, azúcar, velas, clavos; creación del Banco del Estado; edificación popular, (300.000 casas); instalación de las industrias siderúrgica y química y electrificación del país; reforma de la previsión social; reforma de la enseñanza; revisión de los contratos y concesiones con el imperialismo, (salitre, cobre, fierro, manganeso, azufre y bórax). Este Plan de Reformas fue expuesto en el Congreso, en concentraciones de masas, en la prensa y en el Gobierno por los ministros socialistas: Oscar Schnake defendió, (y presentó los respectivos proyectos), la organización estatal de las industrias del carbón y cemento; el desarrollo de la industria pesquera y un plan caminero; Rolando Merino propició un vasto plan de colonización de acuerdo con modernas modalidades; Salvador Allende propuso un plan de vivienda popular y presentó una completa reforma de la previsión social. No se consiguió el menor apoyo a causa de la indecisión del Gobierno; de la fuerte obstrucción oligárquica; de la desorientación y conformismo burocrático del Partido Radical, apoyado por el Partido Comunista, cuya posición internacional derivada del Pacto de la URSS con Alemania Nacista, (1939-1941), era combatida rudamente por el socialismo; y por las vacilaciones del Partido Socialista, principalmente, de sus personeros, quienes formularon el Plan, pero no se atrevieron a desatar una lucha franca y tenaz para conseguir su implantación, aún a costa de la destrucción del Frente Popular y del retiro del partido del gobierno. La indecisión, característica central del régimen del Gobierno de Frente Popular, determinó una verdadera entrega a la burguesía plutocrática y especuladora. El Partido Socialista se desprestigió a causa de la acción burocrática y tímida de sus Ministros y funcionarios, originándose en sus cuadros militantes un agudo descontento, el cual promovió la formación de una vasta corriente "inconformista" con la falsa posición del partido y la cobarde actuación del gobierno. Este movimiento inconformista partía del reconocimiento del compromiso del socialismo de cooperar con el gobierno, al cual contribuyó decisivamente a elegir, pero quería que el Partido Socialista afianzara posiciones robusteciendo su acción en defensa de los intereses de las mayorías nacionales y por la rápida solución de sus problemas, hasta desencadenar un choque definitivo con el gobierno, que lo decidiera el pueblo tras el Partido Socialista, cuya confianza se habría ganado con un plan de audaces realizaciones. El movimiento inconformista hizo crisis en el VI Congreso, verificado en diciembre de 1939, al cumplirse el primer año de "gobierno popular", provocando desgraciadamente,

una escisión del socialismo algunos meses más tarde, dirigida por el diputado César Godoy Urrutia. (Constituyó el Partido Socialista de Trabajadores).

La división del Partido Socialista y su descrédito ante el país a causa de su incapacidad para lograr del gobierno una política creadora lo obligó a reaccionar enérgicamente, impulsado, además, por su clara posición internacional democrática antifascista (bajo su patrocinio se reunió el Primer Congreso de Partidos Democráticos Populares de América, efectuado en octubre de 1940, en Santiago de Chile). El 15 de noviembre de 1940, por intermedio de su Ministro de Fomento, Oscar Schnake, el Partido Socialista rompió el Frente Popular en vista de su inutilidad. El Partido Radical realizaba una acción exclusivamente burocrática, y el Partido Comunista, entrado por su posición internacional antidemocrática, se refugiaba en una actitud de apoyo al radicalismo para embotellar al Partido Socialista, deseoso de llevar a cabo reformas y romper el absurdo statu quo favorable a las derechas. La ineffectividad del Frente Popular se debió a la desorientación del radicalismo y al oportunismo estalinista. El Partido Radical ha sido el representante de la burguesía y de la pequeñoburguesía profesional y de la burocracia estatal y semiestatal; su línea política ha sido siempre sinuosa, avanzada y renovadora en las palabras, conservadora y reaccionaria en los hechos, y, alternativamente, ha sido apoyo de dictaduras, de leyes represivas, de milicias reaccionarias y de gobiernos democráticos. El Frente Popular nació vertebrado por él, esgrimiendo confusas consignas democráticas, y éstas se concretaron en la defensa de la democracia para el radicalismo, y por eso la masa trabajadora no pudo desenvolver sus órganos de clase, ni se logró un desarrollo de las instituciones democráticas nacionales. Esta posición radical se vio fortalecida por el apoyo del Partido Comunista, antagonista del Partido Socialista, por ser éste su rival en el campo obrero y su más serio contendor en la política internacional. La alianza radical-comunista significó anular la independencia de la clase trabajadora y de sus partidos, y entregar la dirección del movimiento democrático a la pequeña burguesía más desorientada y peligrosa por su limitación y demagogia. El Partido Radical fue el principal enemigo de toda labor sinceramente reformista, tendiente a provocar transformaciones progresistas en la economía nacional, contando con el Partido Comunista en las acciones de masas donde éste, vibrando en la misma posición, acusaba de "impaciencia trotskista" el anhelo socialista de dar solución a los graves problemas económico-sociales del país. De esta suerte, el Partido Socialista estaba encerrado en una falsa realidad, la realidad del Frente Popular, obligado a una labor inoperante y burocrática, en nada diferente a la del radicalismo, y se alejaba de su línea doctrinaria y programática, perdía su contenido revolucionario e introducía el desaliento en las masas y en sus propios adeptos. Comenzó su descrédito y su situación cobró caracteres de gravedad. En este momento crucial el Partido Socialista rompió el Frente

Popular; pero sus dirigentes más responsables no llevaron dicha actitud hasta sus últimas consecuencias: retiro del gobierno y crítica de su torpeza, para lograr la total independencia del socialismo, encauzando un nuevo movimiento popular de masas por sobre derechas e izquierdas, barriéndolas con su propia incapacidad y demagogia. De todas maneras, la oportuna ruptura del Frente Popular por el Partido Socialista impidió el ascenso y triunfo de la reacción fascizante. El remedio propuesto por sus dirigentes para superar el Frente Popular, una alianza radical-democrático-socialista, era un absurdo, pues no se podía saltar a un nuevo organismo estructurado sobre la misma base del anterior. La posición justa era la de crear un frente clasista, polarizando el descontento creciente de las masas laboriosas, porque solamente así se lograba la independencia del Partido Socialista y una posición de ataque no supeditada a otros partidos. En estas condiciones se llegó a las elecciones parlamentarias de 1941. Se enfrentaron el Partido Socialista; la coalición derechista, con toda clase de garantías por parte del gobierno, y el Frente Popular (radicales-democráticos-comunistas). Tanto el Frente Popular como la coalición derechista fueron abiertamente apoyados por el Ministro de Interior, Arturo Olavarría (quien, posteriormente, a raíz de las luchas internas del radicalismo fue excluido de sus filas y en ese instante hizo declaraciones que confirmaron plenamente las acusaciones de los socialistas en el sentido de haber dado toda clase de garantías a las derechas, por medio de disposiciones favorables y de haber permitido el cohecho a los radicales, a solicitud de ellos, pues en caso contrario habrían sufrido un desastre electoral). El Partido Socialista, aunque perseguido por el gobierno, y a pesar del enorme error de permanecer en las tareas gubernativas, sancionando con la presencia de sus ministros todos los abusos cometidos, incluso contra sus propios militantes, obtuvo más de 70.000 votos y 20 parlamentarios. El resultado indicaba su raigambre en el seno del pueblo.

En la campaña electoral de marzo de 1941 se agitó, como motivo central por el Frente Popular y el Partido Socialista, la conquista de una mayoría parlamentaria favorable al gobierno para poder despachar los proyectos pendientes (reforma agraria, sindicalización campesina, reforma de las leyes 4.054 y 4.055, vivienda popular, etc.). Una vez triunfante la izquierda, con una mayoría radical impresionante, no se llevó a cabo ninguna labor en favor de las masas, de carácter inmediato, y ni siquiera se intentó dictar las leyes necesarias para reorganizar la economía. Toda la campaña preelectoral quedó en descubierto, con una cínica demagogia para envolver y engañar a las clases trabajadoras.

La preeminencia radical significó el control del Parlamento por la pequeñoburguesía, haciéndolo totalmente estéril a causa de la charlatanería difusa y la obstrucción legislativa que como clase desplazada de la producción aporta a la política parlamentaria. El examen de todo ese período electoral sólo se concreta en demagogia y desengaño. Las elecciones de marzo de 1941 significaron úni-

camente la consolidación de las instituciones de la democracia capitalista de Chile.

Después de ellas, aunque el Partido Socialista había realizado su campaña final fuera del gobierno y en abierta pugna con sus personeros, volvió a la colaboración en la misma forma desmedrada y sin condiciones. Desde este instante el Partido Socialista entró a actuar como ala izquierda de la burguesía, sin política propia, colaborando en la defensa del régimen democrático, por las vías señaladas por la propia burguesía. La acción del Partido Socialista adquirió en estos instantes, todo el aspecto de una entrega consciente al campo de la burguesía especuladora y reaccionaria. La dinámica del proceso colaboracionista sin condiciones, llevó al Partido Socialista a representar intereses cada vez más ajenos a las clases trabajadoras y más próximos a los del capitalismo nacional e internacional. Esta actitud del socialismo se agravó por la burocratización de sus cuadros. El equipo administrativo destinado a ocupar los cargos públicos y semifiscales controlados por el partido, se confundió cada vez más dentro del espíritu que animaba los órganos del Estado burgués. Pasó a constituir un poderoso bloque: domina al partido, le impone su política, lo aleja del contacto fecundo con el pueblo y le devora su médula revolucionaria. Así, pues, la colaboración con el gobierno trajo al partido los efectos funestísimos de una burocracia que tendía a transformarlo en un elemento más del sistema político capitalista.

FALLECIMIENTO DE PEDRO AGUIRRE CERDA El 25 de noviembre de 1941 falleció don Pedro Y LUCHA PRESIDENCIAL DE 1942

Aguirre Cerda, y se desencadenó un nuevo y agitado proceso electoral en el país. Pedro Aguirre Cerda personificó los anhelos e intereses del sector moderado de la burguesía y de la pequeñoburguesía, esperanzadas en un mejoramiento económico-social, por medio de un gobierno democrático. Su contendor, Gustavo Ross Santa María, representó, en cambio, al gran capital y al sector más fuerte de la banca nacional e internacional, siendo su candidatura la expresión del ala reaccionaria de la burguesía.

En el gobierno, Aguirre Cerda actuó como un hombre fiel a sus principios democráticos burgueses; pudo ser un gran Presidente, a causa de las circunstancias nacionales e internacionales en que le tocó actuar, y por resultar elegido con el apoyo entusiasta de las clases trabajadoras, ya poderosas, de donde su candidatura tuvo un manifiesto contenido popular. Sin embargo, se movió con excesiva cautela y con muchas vacilaciones, porque la composición heterogénea de su gobierno era el mayor tropiezo para realizar una obra efectiva. Partidos edificados sobre clases o fracciones distintas, antagónicas, y en lucha por la conquista del futuro, no podían colaborar sinceramente con un Presidente que, como hombre y representante de una clase, estaba igualmente fuera de la Historia. La incapacidad realizadora de Pedro Aguirre Cerda se hizo

notoria. En dos libros había estudiado los problemas nacionales, proponiendo soluciones que bien pudo llevar a cabo siendo Presidente, respaldado por el más grande movimiento de masas del país. En su obra "El Problema Agrario", dice: "Si a los pueblos jóvenes nos corresponderá mañana proveer a las naciones Industriales de su déficit alimenticio, empecemos desde luego nuestra organización interior y extendamos a nuestras hermanas del Pacífico Norte nuestra producción agrícola y su industria derivada, para preparar nuestro futuro engrandecimiento compensador de otras crecientes importaciones que no podemos evitar. Un impulso colectivo, organizado, con todas las fuerzas particulares y del Estado en cooperación, dirigido a la óptima producción interna y a su expansión hacia el exterior en la agricultura y su industria derivada, producirá un sentimiento de engrandecimiento común que despertará legítimas ambiciones de progreso nacional". En su obra "El Problema Industrial", repite análogos conceptos con respecto a la industrialización del país y la reforma educacional.

No obstante, durante su gobierno no se hizo nada efectivo por la planificación de la economía del país, ni para transformar a la nación en el sentido indicado en sus dos publicaciones citadas. Sólo se creó la Corporación de Fomento de la Producción para ser un organismo planificador e industrializador, aunque desde sus comienzos tuvo un fuerte índice burocrático conducido por un personal reaccionario y orientado a proteger los intereses industriales privados con algunas realizaciones nuevas, entre las cuales, a instancias de los ministros socialistas, se destacó primeramente la electrificación del país.

Respecto a la cuestión agraria, ni siquiera aceptó impulsar una colonización intensiva con el objeto de solucionar los diversos problemas de tierras pendientes, vincular algunos millares de buenos agricultores como propietarios libres y cooperados, y de tal suerte, aumentar la producción agropecuaria; menos ensayar nuevos métodos de explotación del suelo por medio de la intervención de trabajadores de la tierra, idóneos, y del Estado.

A la muerte de don Pedro Aguirre Cerda, el Partido Socialista levantó su candidatura presidencial propia en la persona de su dirigente Oscar Schnake Vergara, en su Tercer Congreso General Extraordinario, reunido en Santiago, en diciembre de 1941. La lucha por una candidatura socialista tenía por objeto imponer una conciencia económica moderna, una organización social y una directiva política nueva, todo ello en función de una renovadora concepción de cómo construir el futuro de Chile.

La candidatura socialista polarizaba los intereses y la atención de los sectores sociales conscientes de la urgencia de un cambio de rumbo decisivo y fundamental; abarcaba el frente obrero y campesino, y las clases medias. Era una candidatura nacional renovadora al representar la mayoría productora del país, capaz de crear para el futuro una época de trabajo y de evolución económica y de revolucionar los métodos y el sistema, sin producir la con-

vulsión de una guerra civil desastrosa. Por otra parte, la situación exterior exigía la constitución de un gobierno "nacional" llamado a representar a la gran mayoría de la población y a garantizar el desarrollo de una política audaz para superar las inmensas dificultades lanzadas por la guerra imperialista sobre la sociedad. Gobierno nacional, no porque estuvieran representados en él todos los sectores sociales del país, sino porque su política estaría al servicio de los intereses de la gran mayoría de la población. (Para la clase dominante lo nacional se confunde con su predominio político; para las clases explotadas, productoras realmente, lo nacional significa la realización de sus aspiraciones económicas y sociales, y el predominio político de la inmensa mayoría laboriosa.) En este caso, como lo planteaba el Partido Socialista, el gobierno nacional sería el medio para vencer los obstáculos y allanar el camino para la organización socialista de la producción.

El Partido Radical puso de relieve su composición social y su definitiva desubicación política en la lucha interna para designar su candidato. Gabriel González Videla y Juan Antonio Ríos disputaron dicha elección. El triunfo de Ríos fue el resultado de la política "fuerte" y el triunfo del sector pequeñoburgués radical, partidario de una solución drástica del desequilibrio político nacional, o sea, de un régimen dictatorial. González Videla representaba también ese mismo sector, con la sola diferencia de alejar los grupos radicales partidarios de Ríos, por no estar ligado al Partido Comunista y haber demostrado con su decreto-ley 50, un carácter antiobrero.

La reacción llevó como abanderado a Carlos Ibáñez del Campo, cuya candidatura se gestó a causa de la desorganizada labor del gobierno del Frente Popular y a su notoria incapacidad para resolver los problemas esenciales de la hora. La burguesía vio en Ibáñez un candidato de grandes posibilidades realizadoras y garantizador de una segura estabilidad para sus beneficios. No era una candidatura fascista, aunque la adhesión de dirigentes pro nazis, como González von Marées, le marcaron el tinte fascista causante de su derrota. Más carácter le dieron a su candidatura los desengaños y cansados del desgobierno y de la incapacidad reinantes.

El retiro de la candidatura de Schnake, acordado por la actitud entreguista de la mayor parte de los dirigentes del Partido Socialista y del propio candidato, provocó un reagrupamiento en torno al personero radical, Juan A. Ríos. Esto significó dejar frente a frente a dos representantes de la misma política: Ríos e Ibáñez. La composición social de las fuerzas de Ibáñez no se diferenciaba mucho de las de Ríos; sólo la presencia del Partido Socialista y del Partido Comunista dio una fisonomía distinta a la de Ríos. En ambas dominó si la burguesía míope y reaccionaria, ubicada al margen de la realidad mundial.

Después de una campaña violenta triunfó Juan A. Ríos, inaugurando su gobierno el 1º de marzo de 1942, con un ministerio de

liberales, radicales y socialistas, alcanzando con ello el máximo de desorientación, anarquía e ineficacia.

LA CONSIGNA DE "UNION NACIONAL" Y LA PRESIDENCIA DE JUAN A. RÍOS

El Presidente Ríos se apoyó en la Alianza Democrática, creada e inspirada por el Partido Comunista, en reemplazo del Frente Popular, con el objeto de impulsar la consigna de "unión nacional", lanzada por la Komintern cuando Alemania hitlerista, violando el pacto de no agresión y ayuda mutua de agosto de 1939 (Molotov-Von Ribbentrop), desencadenó la guerra en contra de Rusia estaliniana, obligándola a pasarse al campo democrático. Un nuevo viraje se verificó. Ya los comunistas no atacan al imperialismo franco-inglés, sólo condenan la bestia parda —aliado de ayer— y piden la ruptura de la neutralidad, pues mantenerla era servir al fascismo. Era necesario, según el estalinismo, declarar la guerra al Eje Berlín-Roma-Tokio (pero la URSS mantenía su alianza con el Japón), como manera concreta de defender la democracia. Por otro lado, propician en cada país antifascista la agrupación de las diversas fuerzas sociales y políticas en una conjunción democrática, realizando una verdadera "unidad nacional", para volcar todos los esfuerzos por sobre los límites de clases y antagonismos políticos, derivados de la pugna clasista, hacia la guerra y la derrota del fascismo. De pacifistas y neutralistas, se tornaron en los más furiosos belicistas; de enemigos del imperialismo y aliados del fascismo, se transformaron en los más decididos partidarios de las grandes potencias capitalistas, defensoras de la democracia liberal. Culminó el viraje estalinista con un discurso de Browder, secretario general del Partido Comunista de Norteamérica. En él condenaba las huelgas y las luchas reivindicativas de la clase obrera, por significar una interrupción de las faenas productoras y un debilitamiento del esfuerzo bélico en contra del fascismo. Finalmente, la Komintern acordó su disolución para garantizar a las potencias imperialistas su efectiva posición de no obstáculo al proceso capitalista y el abandono de su acción revolucionaria e internacional. Los comunistas chilenos, en obediencia de las consignas de la Tercera Internacional, aplicaron la nueva táctica a nuestro país, y propiciaron en todos los tonos la necesidad de sellar la unidad nacional para aplastar al fascismo, descubierto repentinamente como una amenaza inmediata y brutal en Chile. Apoyaron decididamente al Presidente Ríos, en quien vieron un intérprete de su nueva posición, por lo menos en la política interior, al cooperar con la derecha a través del Partido Liberal y sus ministros técnicos, principio de unidad nacional tal como la entendían los estalinistas. Pero, por otra parte, Ríos resistía el sentimiento popular antifascista partidario de la ruptura con los países del Eje, sobre todo a partir del ataque del Japón a los Estados Unidos, en diciembre de 1941.

El Presidente Ríos se aprovechó de la confusión creada por el

nuevo viraje, para mantener una situación de equilibrio entre las fuerzas populares y las reaccionarias, en la lucha declarada a causa de la miseria y la inflación. El gobierno, además, no resolvía los apremiantes problemas económicos por no herir los intereses creados, demostrándose ineficaz y mediocre; en cambio, en el plano político realizó una sostenida acción para someter a los diversos partidos a su criterio personalista, estimulando el divisionismo en sus filas. El Presidente fomentó el caos y la atomización política con la beligerancia desusada otorgada a sus "amigos personales", casi todos vinculados a su turbio pasado ibañista, y varios de ellos sin ideales ni prestigio. Por otra parte, mantuvo connivencias estrechas con las fuerzas reaccionarias, expresadas en la exaltación a importantes ministerios de algunos técnicos liberales. El año 1942 se caracterizó por la agudización de la lucha por conseguir que el gobierno definiera una política internacional democrática y operante, alineando al país en el frente mundial antifascista, y de conveniencia para Chile, pasando por sobre el interesado oportunismo estalinista y la ceguera reaccionaria y torpe de las derechas (ahora exhibían una altivez "nacional" muy grande, olvidándose de la venta y entrega sistemática del país al imperialismo, lo que impedía, precisamente, mantener esa soberbia estéril). Y en lo interior, el pueblo exigía el cumplimiento de los puntos vitales del programa enarbolado en las agitaciones electorales, a objeto de poner término a la miseria y el encarecimiento de la vida.

Este año de 1942 supuso, también, el fracaso rotundo del Partido Socialista, colaborador del gobierno con tres importantes ministerios servidos por destacados miembros de sus filas dirigentes, al demostrarse incapaz de imponer, en el Ejecutivo, tanto la definición de su política internacional como por la imposibilidad de obtener la resolución de los graves problemas económico-sociales de las masas y del país, haciéndose reo del delito de complicidad burocrática, de ineficacia y mediocridad.

Las fuerzas democráticas que dieron el triunfo a Ríos sustentaban una posición internacional clara, planteada y defendida por el Partido Socialista desde junio de 1941, a raíz de la celebración de su 7º Congreso Ordinario, por intermedio de Oscar Schnake, Ministro de Fomento, sus parlamentarios y diversos dirigentes (los comunistas la hicieron suya desde el momento de la agresión de Hitler a la URSS), y exigía la ruptura de relaciones con los países del Eje y la entrada, lisa y llana, de Chile en el frente democrático mundial abandonando su neutralidad estéril. Sin embargo, el gobierno la soslayó hasta el último instante colocando al país en una situación inconfortable y desmedrada en el concierto americano y mundial. La ruptura con el Eje la efectuó después de muchos subterfugios y a la zaga de los acontecimientos, a pesar de la lucha constante de las fuerzas populares, por lograrla oportunamente.

La falta de decisión del Gobierno para cumplir su programa y enfrentar los problemas económicos era injustificable, por cuanto

ningún Presidente anterior obtuvo la suma del poder lograda por Ríos. Podía tomar todas las medidas necesarias para impedir el encarecimiento de la vida, la especulación, el abuso, y la pobreza existentes. Del Congreso consiguió la aprobación de la Ley N° 7.200, llamada Ley de Emergencia, que autorizó al Presidente para adoptar una serie de medidas tendientes al mejoramiento de la organización administrativa, financiera y económica del país, con el objeto de impedir los efectos producidos por la guerra en la economía nacional; y la Ley N° 7.747, llamada Ley Económica, que fijó normas sobre diversos aspectos de la vida económica de la Nación y cuyo resultado más visible fue la promulgación del Plan Agrario. Estas leyes en manos de un gobierno enérgico, con sentido popular y sensibilidad social, habrían permitido transformar al país, planeando técnicamente el aumento de la producción por la explotación de nuevas fuentes de riquezas y el mejor aprovechamiento de las energías nacionales, pero en las del señor Ríos sirvieron sólo para aumentar la burocracia, pagar servicios políticos y otorgar favores a la plutocracia, cuyos negocios prosperaban incesantemente, y alentar un sinnúmero de negociados y escándalos.

Mientras el Presidente se preocupaba de romper los partidos de izquierda, mantenía relaciones estrechas con las fuerzas reaccionarias y varios de sus personeros gozaron de especial influencia al constituir parte de su séquito personal. Tampoco supo guardar la seriedad y moralidad que el alto cargo de Primer Mandatario impone a quien lo ejerce, siendo del dominio público la vida crapulosa de muchos personeros del gobierno, llevada sin pudor ni temor. Y a pesar de su complacencia con las Derechas éstas atacaban a su administración violentamente. De una parte, la actitud del Ejecutivo, les permitía hacer grandes ganancias, especular y enriquecerse, y determinar, en última instancia, los rumbos económicos y financieros del gobierno y, de otra parte, al no participar oficialmente en él, les facilitaba en el plano político su agitación incesante en contra de los partidos populares, acusándolos de incapaces, deshonestos y demagógicos. De esa manera las Derechas se aseguraban el triunfo en la lucha por la reconquista del poder político, pues tenían la neutralidad del gobierno frente a sus negocios, prosperando ininterrumpidamente, y libertad para el ejercicio de una oposición política robustecedora de sus cuadros partidarios.

Las facultades obtenidas por Juan Antonio Ríos solamente quedaron en el papel; fueron dos documentos más en el inmenso cementerio de leyes de este país de leguleyos, por medio de las cuales se escamotean los problemas sin resolverlos, agravando la situación del pueblo. El Plan Agrario constituyó un grueso volumen con un balance completo, en todos sus aspectos, de la realidad del agro nacional; pero las medidas propuestas eran tímidas e ineficaces, porque no se consideraba la fundamental y decisiva: la reforma agraria tendiente a liquidar las bases semif feudales

imperantes en el campo, para vincular a millares de campesinos como propietarios libres, reunidos en cooperativas o como trabajadores debidamente rentados y con participación en las utilidades, en explotaciones colectivas modernas.

En ningún hecho práctico demostró el Gobierno alguna voluntad creadora que, aprovechando la situación internacional existente, la exportación intensiva de materias primas, (en los años de 1940-1943 la industria del cobre alcanzó un desarrollo portentoso, exportándose un promedio de 435 mil toneladas anuales) y la suma de poder conseguido de manos del Congreso, hubiera significado el intento serio de solucionar algunos de los más graves problemas del país e iniciar la organización económica de la nación con el objetivo de abrirle nuevas perspectivas en beneficio de sus masas laboriosas.

Por el contrario, las condiciones de vida de las masas experimentaron un sistemático empeoramiento, como lo demuestra la siguiente estadística oficial sobre el índice de los precios al por mayor:

Años		Productos agro-pecuarios e ind. nacionales	Productos Importados
1938	Indice General	364,9	637,8
1939	" "	344,1	534,1
1940	" "	382,5	673,8
1941	" "	423,5	696,5
1942	" "	540,0	757,8
1943	" "	582,3	965,2
1944	" "	644,8	1.441,7
1945	" "	715,5	1.527,6

Los precios al por mayor de los productos nacionales se duplicaron y los de los artículos importados casi se triplicaron. La miseria y males consiguientes aumentaron. Así, por ejemplo, la ebriedad que parecía haber descendido en años anteriores, empezó nuevamente a aumentar desde 1941 hasta alcanzar las cifras más elevadas en 1944 y 1945, (las 19.000 cantinas y bares existentes en el país consumieron un tercio de los jornales obreros). En la misma forma, desde 1942, se mantuvo estacionaria la mortalidad por tuberculosis, enfermedad de origen socio-económico (1942, 11.395 fallecidos; en 1943, 11.318; en 1944, 11.185; y en 1945, 11.779).

LA DESINTEGRACION DEL SOCIALISMO Y SU RETIRO DEL GOBIERNO

En los hechos señalados radicó el descrédito del Partido Socialista, en el plano político nacional, y el fuerte descontento interno. (En el VIII Congreso Nacional Ordinario, realizado en Santiago, en febrero de 1942, la oposición a la entrada del Partido Socialista al gobierno de Ríos, en vista de la inoperancia del gobierno de Aguirre Cerda, fue derrotada por media docena de votos y después de turbios manejos por parte de los dirigentes colaboracionistas).

La directiva surgida de ese Congreso, comandada por el senador Marmaduke Grove, apoyó incondicionalmente el gobierno de Ríos e internamente emprendió una descontrolada represión, que se tradujo en su derrota y la de sus adeptos, un año más tarde, en el IX Congreso, de Rancagua, en enero de 1943. No la aceptó rebelándose contra las resoluciones del Congreso, autoridad máxima del Partido Socialista y contra la democracia interna, (subordinación de la minoría a los acuerdos de la mayoría), dividiendo al Partido.

Nos correspondió señalar algunos de los aspectos sobresalientes de la decadencia del Partido Socialista, a causa del abandono de sus principios teóricos y programáticos y de su fracaso político en el gobierno, en un extenso prólogo a la obra de Humberto Mendoza: "¿Y ahora? El Socialismo móvil de post-guerra". Ahí, después de trazar un cuadro del origen y principios del Partido Socialista y de su rol en el desenvolvimiento político, analizamos detenidamente los perniciosos resultados de la estéril colaboración en su acción y en su vida interna. Paso a reproducir algunos de sus párrafos: "Desde comienzos de 1941, se inicia un nuevo período en el que la acción y la voz del socialismo empiezan a modificarse en forma alarmante. La participación en un gobierno democrático-burgués absolutamente ineficaz, desprestigia al partido ante las masas, a la vez que sus directivas se acomodan y burocratizan... El Partido Socialista no ha sabido subordinar la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por el socialismo como la parte al todo. Nuestra agitación no ha sabido unir el ataque contra la reacción que mantiene el control económico, en nombre de todas las clases trabajadoras, junto con la educación revolucionaria del proletariado, junto con el mantenimiento de la independencia política del Partido... El Partido no adelanta un paso en el camino del socialismo y se desvía cada vez más hacia una nefasta social-democracia. Precisamente, en esta entrega a la democracia burguesa reside su descrédito, puesto que en vez de encabezar a las masas hacia la conquista de sus reivindicaciones de clase, sus miembros principales se han ubicado en los puestos públicos. Hoy día ya no se ganan batallas contra el capitalismo sino contra el Presupuesto..."

"El Partido Socialista podría salvarse si sabe volver a sus prin-

cipios y guardarles inquebrantable fidelidad; si sabe persistir en una oposición irrenunciable contra la corrupción y si sabe ganarse nuevamente, como una consecuencia de lo anterior, la confianza de las masas populares. Solamente manteniéndose limpio, inquebrantable, consecuente e intransigente, podrá triunfar de sus adversarios y marchar por un camino seguro hacia la victoria final, en medio del caos y la podredumbre en que toda autoridad vacila y se quiebra. Y por sobre todas las cosas es urgente que abandone la cómoda y blanda ruta de la colaboración escogiendo la senda de la lucha en vez del camino de la conciliación".

La división del partido por Marmaduke Grove y el alejamiento de Oscar Schnake del Ministerio y del país, en circunstancias de ser ambos los más destacados dirigentes nacionales del socialismo, (tomaron esas actitudes por mantener su intransigente y absurdo colaboracionismo), más la ineficacia del gobierno y del Partido Socialista, como su integrante, lo desprestigian y anarquizan totalmente. Los militantes se desmoralizan y muchos se alejan de las tareas diarias, y el pueblo lo mira con desconfianza y antipatía. Se inició entonces su desintegración, y no lograron detenerla ni el retiro del gobierno ni la unificación posterior.

El retiro del Partido Socialista del gobierno significó su abandono de las responsabilidades políticas, pero mantuvo su apoyo al Ejecutivo en todo cuanto fuera intensificar una posición internacional democrática y una política interna de superación, tendiente a resguardar los derechos individuales y sociales y a impedir que el peso económico, derivado de las repercusiones de la guerra, cayera despiadadamente sobre las masas trabajadoras, mientras beneficiaba a una minoría de especuladores y poseedores. El Partido Socialista no podía continuar asumiendo responsabilidades que no poseía en la práctica, dada su representación minoritaria en el Gobierno y en el Parlamento, (pero el pueblo se las hacía efectiva por el hecho de continuar colaborando para satisfacer a una minúscula burocracia partidaria) y ante su imposibilidad de implantar una política económico-social orientada a dar satisfacción a las necesidades colectivas. Todas sus iniciativas fueron malogradas durante cuatro años por las divergencias de criterio económico-social entre el Partido Socialista y los demás sectores. Mientras el socialismo sustentaba, para la solución de los graves problemas nacionales, una política de intervención del Estado en la economía particular a objeto de organizarla y dirigirla en función de la colectividad, del pueblo, los sectores demo-liberales continuaban propugnando un criterio económico liberal-individualista, en crisis en el mundo entero, agravador de los males del país, y obstaculizador de todo intento serio de renovación y progreso.

Frente a esta realidad, el Partido Comunista mantenía una neutralidad benévola hacia la actitud mediocre del Gobierno, preocupado por su exclusivo afán de ayudar a la URSS, duramente castigada por el nazismo.

En su IV Congreso Extraordinario, realizado en Valparaíso, en agosto de 1943, se hizo un claro balance de la situación del país y de la acción del gobierno, señalando la miseria creciente del pueblo agobiado por la inflación, mientras la inoperancia del Ejecutivo permitía el enriquecimiento del sector plutocrático y agiotista y malograba la posibilidad de crear una nueva economía al servicio de la comunidad, como consecuencia de la guerra. Asimismo, precisaba, una vez más, la posición del socialismo, propiciando una planificación económica destinada a incrementar nuestra producción de acuerdo con las necesidades del consumo nacional y las posibilidades del mercado extranjero y a regular la distribución equitativa de los productos, para impedir la escasez y el hambre de las clases populares. Mayor rendimiento de la producción agrícola, creación de las industrias necesarias y desarrollo de las existentes, dirección del proceso productivo con un fin social, superador de los intereses particulares, constituían el imperativo económico del momento difícil que vivía el país. Esta política económica nueva, organizada y planificada nacionalmente en todos sus aspectos, debía ser el medio para la defensa integral del elemento humano, base de todo progreso, y para garantizar al hombre su recuperación biológica y su reparación económica, eliminando los factores de inseguridad social, acrecentando el valor físico, intelectual y moral de las generaciones actuales para asegurar el destino de las generaciones futuras. Las condiciones de vida, cultura y salud del trabajador, la satisfacción justa de sus necesidades, debían ser la finalidad primordial de una nueva política económica y del gobierno demo-popular.

El Partido Socialista exigía al gobierno el afianzamiento de las garantías sociales y políticas de las clases trabajadoras, y consideraba que el Ejecutivo debía adoptar una política de enérgicas medidas para reprimir la especulación desorbitada de las subsistencias y arriendos, lo cual había destruido completamente el poder adquisitivo de los salarios y sueldos. Si la situación del país, a consecuencia de la guerra mundial, reclamaba sacrificios económicos, era injusto arrojar su peso únicamente sobre las masas laboriosas, en tanto los ricos propietarios, los especuladores y los negociantes de guerra, continuaban aumentando sus caudales a costa del mayor empobrecimiento del pueblo. La tardía actitud de independencia política del Partido Socialista se perdió obscuramente por el pesimismo de sus mejores militantes, el cansancio y desencanto del pueblo y el personalismo divisionista del senador Grove, quién, en 1944, lo escindió de nuevo. Constituyó un grupo propio, con la denominación de Partido Socialista Auténtico y, en corto lapso, cometió los más extraños y disímiles virajes, ayudando al desprestigio total del socialismo, no solamente como movimiento político, también como doctrina y programa, en los instantes mismos que en el mundo entero se producía su despertar y renacimiento. Los apetitos lo dividieron posteriormente, a causa de

rencillas personales, y la fracción más numerosa, equivocada por su adhesión a Grove, al Grove de los años difíciles y fecundos, volvió al seno del Partido Socialista desencantada del oportunismo del antiguo líder. (1).

La ineficacia de la gestión del Presidente Ríos; el divisionismo político, a causa de su intervención en los partidos, alentando la voracidad administrativa radical, sirviéndose de la conciliadora posición comunista, y echando manos de sus amigos ibañistas y liberales; los escándalos, la especulación constante de los sectores reaccionarios y el encarecimiento de la vida, crearon un clima desfavorable al gobierno y a sus partidos sostenedores. Tan lamentable situación benefició a las fuerzas anti-populares; y las Derechas triunfaron en las elecciones parlamentarias de Marzo de 1945, al expresar la oposición al sistema, propinando una grave derrota a la Alianza Democrática.

En medio de esta confusión realizó el Presidente un viaje a los EE. UU. Fue inútil y no logró mayor provecho para Chile y su pueblo. La obcecada y miope posición de Juan A. Ríos y de su Ministro de Relaciones, Ernesto Barros Jarpa, frente a la acción de los EE. UU. y el bloque democrático, en dura lucha contra el fascismo, al no romper oportunamente con el Eje, como lo pedían los partidos democráticos populares nacionales y los demás países del Continente, para hacerlo tardíamente, a regañadientes, se tradujo en la falta de resultados positivos para nuestro país. La ciega y torpe posición anti-democrática de J. A. Ríos y corifeos, muy de gusto de la reacción y sectores fascizantes, mantenida por una pretendida altivez en defensa de la soberanía nacional, significó una mayor desunión latinoamericana ante las grandes potencias, una mayor ingerencia imperialista en nuestras naciones anarquizadas y ningún provecho particular para Chile. Y, finalmente, debió forzosamente incorporarse a sus filas según las órdenes de Washington y llevar a cabo todas las exigencias respectivas, hasta declarar la guerra al Japón.

LA VICEPRESIDENCIA TERCER-FRENTISTA DE DUHALDE Y LAS ELECCIONES DEL AÑO 1946

Terminada la conflagración, y desatadas las divergencias entre la URSS y los anglo-norteamericanos,

en Chile se inició la crisis de la Alianza Democrática, a causa del nuevo viraje de los comunistas, quienes otra vez reinician sus ataques en contra del imperialismo y la plutocracia representados exclusivamente, según ellos, por EE. UU. e Inglaterra.

El Partido Socialista denunció la esterilidad de la Alianza Democrática separándose de su seno para tratar de reestructurar independientemente el movimiento político de las clases laborio-

(1) Para reparar los daños causados por Grove, se reunió el 10º Congreso Ordinario, en julio de 1944, en la ciudad de Talca.

sas en un nuevo frente que, atacando con decisión a las fuerzas reaccionarias y criticando las posiciones comunistas, fuera capaz de superar la debilidad e inoperancia de esa combinación burocrático-electoral. Así se esforzó por dar vida a un reagrupamiento político genuinamente popular, el Frente del Pueblo, como expresión legítima de los intereses de las clases trabajadoras y como eco auténtico del contenido revolucionario de la gigantesca contienda bélica recién terminada, para abrir una perspectiva fecunda al movimiento popular y al socialismo, su doctrina y programa. (Esta posición se aprobó en su V Congreso General Extraordinario, realizado en Septiembre de 1945, en Santiago).

La decadencia del Partido Socialista, después de su desacertada gestión en el gobierno; la grave enfermedad del Presidente y la ascensión al poder del señor Alfredo Duhalde, como Vicepresidente, malograron en su nacimiento el intento renovador del Partido Socialista al ser incorporado, nuevamente, a las responsabilidades gubernativas, como eje del Gobierno en medio de la mayor anarquía y confusión. Se desvirtuó el Frente del Pueblo en un Tercer Frente, algo así como una alianza centrista de un sector Radical de los Socialistas y un sector Democrático, respaldada por la presencia de los jefes de las fuerzas armadas. Tal combinación nació desprestigiada y sin arraigo sólido, aunque se impuso ante la neutralidad de las Derechas y la gravedad del momento debido a la extensión de los movimientos huelguísticos, (huelga general de Enero de 1946; refriega entre carabineros y obreros, con varios muertos; masacre de la plaza Bulnes, el 1º de Febrero de 1946).

La Vicepresidencia de Duhalde de 1946, se produjo en los instantes en que un descontento general invadía la nación y cuando las clases trabajadoras expresaban sus fervientes deseos de ver realizado su programa de reivindicaciones inmediatas, siempre postergado por los diversos Ministerios. Esta inoperancia había causado un cansancio profundo y la existencia de un clima propicio para cualquier golpe de audacia, que terminara con la burocracia agobiadora y con la anarquía reinante, con el abuso incalificable de las especulaciones fantásticas del gran capital y de las ganancias desorbitadas del comercio mayorista y de la industria monopolista, mientras en la base la vida continuaba encareciendo en forma desmesurada, hundiendo a toda la masa consumidora en la desesperación y la miseria. El minorista, el pequeño propietario, el empleado y el obrero, experimentaban un empeoramiento sistemático de sus condiciones de vida y de trabajo, forjando todo esto un ambiente peligroso para el porvenir nacional. Por otro lado, la gran descomposición política, reflejo directo de la desintegración social y de la quiebra económica, originaba huelgas y conflictos de graves consecuencias, todo lo cual anunciaba la hora propicia para una dictadura reaccionaria.

La incorporación del Partido Socialista al Gobierno en esos momentos impidió la consumación de tal amenaza, dando la única salida salvadora al proceso que la reacción ciega y torpe, de un

lado, y la Alianza Democrática de otro, conducían a la guerra civil y al caos. Duhalde recibía el país en un estado calamitoso y su exacto balance e inventario quedó trazado en el memorándum que el Ministro de Economía y Comercio, Carlos Arriagada, dirigió al Ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, el recordado hombre de los "superavits" en la dictadura de Carlos Ibáñez. La publicación de ese documento frío, objetivo y verídico, le costó el Ministerio a su autor. Este hecho más algunas mediocres medidas demagógicas indicaron claramente que el Gobierno de Duhalde, una vez remontada la crisis, no innovaría en nada y sólo tendería a mantener el statu quo mientras se producía el desenlace de la enfermedad del Presidente.

Al reingresar el socialismo al Gobierno se creyó que lucharía por constituir las bases de un movimiento político vital, reagrupando a las clases en un sentido económico, con el objeto de destruir la influencia de la oligarquía financiera, por medio de reformas de fondo como el verdadero instrumento ejecutor de las exigencias de las masas, concretadas en la planificación de la economía hacia una finalidad de cambio de su estructura actual, eliminando los privilegios de la oligarquía capitalista, para dar solución efectiva a los grandes problemas nacionales, pero durante los siete meses del gobierno del Tercer Frente las cosas siguieron el mismo curso de siempre. El enriquecimiento de la oligarquía; el encarecimiento de la vida y el empobrecimiento de los asalariados; los escándalos administrativos protagonizados por los protegidos del régimen; y la anarquía política, prosiguieron sin que el gobierno demostrara el menor esfuerzo y criterio para conjurarles, a pesar de la presencia de cuatro dirigentes socialistas y de algunos Jefes de las Fuerzas Armadas en el Ministerio.

En el ambiente descrito se produjo el deceso del Presidente Ríos y se llamó a nuevas elecciones para el 4 de Septiembre de 1946. En la justa eleccionaria se enfrentaron cuatro candidatos: el doctor Eduardo Cruz Coke, llevado por el Partido Conservador, la Falange Nacional y sectores independientes, atraídos por el carácter social-cristiano de su programa y agitación; Fernando Alessandri, abogado y catedrático, apoyado por el Partido Liberal, los Agrarios Laboristas, los Radicales-Democráticos y un sector Democrata; Gabriel González Videla, respaldado por los partidos Radical y Comunista; y las fuerzas del Tercer Frente dieron vida a un efímero bloque nacional-democrático, levantando la fugaz candidatura de don Alfredo Duhalde, (se tradujo en la ruptura del Partido Radical, y un pequeño sector dio vida al Partido Radical-Democrático, agregándose a la candidatura Alessandri). Ante su fracaso se levantó la candidatura solitaria de Bernardo Ibáñez, sostenida por los núcleos dirigentes del socialismo.

Los trabajadores polarizaron su adhesión en la candidatura Radical-Comunista, dándole la primera mayoría, (192.000 votos), en un resignado acto de postrera esperanza; la Derecha escindida en dos candidaturas reclutó numerosos sectores vacilantes e indefi-

nidos, con 142.000 sufragios para Cruz Coke, y 130.000 para Alesandri. La de Bernardo Ibáñez, después de una permanencia inócua en el gobierno de Duhalde, aliado a sectores definidamente burgueses, (con los cuales se quiso dar vida al bloque nacional-democrático), se la presentó, luego, con una definición clasista, pero la opinión pública, incluidos en ella los simpatizantes y millares de militantes del socialismo, la reputaron como el engendro de un viraje desesperado desde el centro a la extrema izquierda para salvar la unidad orgánica del Partido. Obtuvo la escasa cifra de 12.000 sufragios, escapando la columna vertebral del Partido y con ella la reserva posible para iniciar su reconstrucción.

La elección de 1946 fue el reflejo fiel de la anarquía y desintegración políticas imperantes; tanto las fuerzas de la derecha como de las izquierdas se presentaron divididas a la contienda por circunstancias subalternas; en ningún caso porque se hubiese iniciado un efectivo proceso de reagrupación política concorde con la realidad económica social. Sin embargo, en ella el Partido Conservador y el Partido Comunista expresaron posiciones definidas y categóricas, demostrando una clara voluntad de comando y dirección dentro del confuso panorama nacional y en beneficio de quienes redundó especialmente, esa contienda eleccionaria. (A raíz del desastre político del Partido Socialista se llevó a cabo el XI Congreso General Ordinario, en Octubre de 1946, en Concepción).

EL GOBIERNO DE GONZALEZ VIDELA Y SU DESASTROSA DEMAGOGIA

De los comicios de septiembre de 1946 surgió el gobierno de González Videla, cuya primera mayoría, correspondiente a poco más de un tercio de los votantes, fue respetada en el Congreso Pleno. Se inició el nuevo régimen con un ministerio de "unidad nacional", formado por liberales, radicales y comunistas. En las tareas del Gobierno actuó un partido de las Derechas, exponente de los intereses de la burguesía industrial y bancaria, el Partido Liberal, con el fin de neutralizar al Partido Comunista, mediante una acción envolvente desde los propios mandos gubernativos, (el otro gran partido de las Derechas, el Conservador, era partidario de una oposición abierta al nuevo régimen). El Partido Radical, debilitado por su división y con un rol reducido en la candidatura de González Videla, entró al gobierno representando el sector pequeño-burgués y burocrático. El Partido Comunista, "héroe de la jornada gabrielista", se incorporaba como el vocero del numeroso sector laborioso y como el auténtico vencedor de la contienda, pues había llevado el peso principal de la campaña, alcanzando el máximo de su gravitación política. A través de él la clase obrera había desempeñado un rol decisivo. Sin embargo, la dirección stalinista malogrará rápidamente esta victoria efímera.

Las fuerzas centristas se desintegraron en pequeños grupos, entrando a vivir a la sombra de la derecha, sin mayor beligerancia.

El Partido Socialista reconoció la victoria de González Videla, le dió sus votos en el Congreso Pleno y ante el comienzo de su periodo, declaró que actuaría en el sentido de ayudar al cumplimiento del programa básico de su agitación electoral.

En medio de las mayores esperanzas del pueblo se inició la labor del gobierno con su gabinete de "unión nacional", receta teórica largo tiempo propagada por el Partido Comunista y, en ese instante, solución práctica de las dificultades encontradas por el Presidente en el Congreso Pleno para lograr su consagración. La base política del primer gabinete de González Videla, era una evidente contradicción con el contenido del programa a cumplir, para ser consecuente con sus declaraciones en la campaña y con los anhelos y necesidades del pueblo.

En sus primeras actuaciones el gobierno pareció demostrar un espíritu innovador y un deseo de amenazar los intereses reaccionarios, concentrados especialmente en la banca y en las actividades especulativas anexas. Asimismo, con la derogación de la circular que, durante ocho años, había impedido la sindicalización de los trabajadores del campo. Las medidas financieras tomadas por el Ministro de Hacienda, Roberto Wachholtz tendientes a restringir los créditos con fines especulativos y desligados de la producción y sus declaraciones en orden a proceder a la creación de un Banco del Estado para socializar el crédito, provocaron un revuelo considerable. La oligarquía desató una violenta ofensiva ante la cual capituló el Presidente, y el Ministro debió abandonar su cargo.

En cuanto a la actitud frente a los campesinos, muy pronto quedó en descubierto el espíritu conciliador del gobierno ante los intereses de la oligarquía. Aunque la derogación de la circular mencionada resolvía el asunto de la organización de los obreros agrícolas, devolviendo su plena vigencia a las disposiciones respectivas del Código del Trabajo, el Ejecutivo procedió a discutir una legislación especial y discriminatoria, con todas las trabas y cortapisas del caso, para los trabajadores de la tierra. El Partido Comunista aceptó esta actitud renegando de sus luchas anteriores y de una reivindicación antigua de la clase trabajadora.

El gobierno, a pesar de la presencia de ministros y funcionarios comunistas, se inclinó más y más hacia la derecha. Demuestra una extraordinaria frivolidad y una desordenada improvisación, (durante el Gobierno de González Videla se establecieron relaciones diplomáticas con la URSS). Las espectaculares medidas de Wachholtz fueron un mero fuego de artificio; no respondían a ningún plan de conjunto y solamente provocaron descontento y desconfianza, prestándose para oscuras maniobras financieras.

Ante su rápido desprestigio, como una medida salvadora y para desviar la atención pública, se exaltó la grandiosa perspectiva de un Tratado con Argentina. El Presidente aprovechó con habilidad al señor Jaime Larrain, decaído políticamente a causa de su desor-

bitada ambición presidencialista y sus correlativas maniobras en la gestación de las candidaturas, y ansioso de reencontrar su popularidad. Tomó como empresa personal el estudio y firma de dicho Tratado; mientras el Gobierno, en todos los tonos, destacaba su importancia para la economía nacional y el destino chileno.

Después de muchos viajes, redacciones y aclaraciones, resultó que el Tratado, en el fondo, servía exclusivamente a los proyectos argentinos de franco intento hegemónico sobre sus países vecinos. El espíritu y finalidad de dicho Tratado estaban orientados a obscurcir el criterio de los chilenos con algunas inversiones y préstamos sin influencias apreciables en el mejoramiento efectivo de nuestro pueblo y sin desmedro para los señores de la tierra y del dinero. En cambio, se colocaban las materias primas fundamentales de Chile y el esfuerzo de los chilenos, al servicio del desarrollo de una economía poderosa, con pretensiones imperialistas, de la Argentina. El Tratado no unía dos economías complementarias, como afirmaban sus partidarios, únicamente ponía al servicio de la Argentina las fuentes de riquezas chilenas y los mercados del Pacífico. El punto fundamental perseguido por Argentina con dicho Tratado era el de tener acceso a las materias primas chilenas, (fierro, carbón, cobre, manganeso, energía eléctrica, maderas), para llevar a cabo su plan quinquenal de montaje de una industria pesada, sobre la cual basar su poderío económico y militar, completando de tal manera su rica economía agropecuaria. Para Chile significaba, solamente, introducir un nuevo amo en el seno de su economía, (Argentina trataba de realizar en nuestro país lo que Gran Bretaña hizo en el siglo pasado y EE. UU. en el actual). En realidad, a pesar de la propaganda, el Gobierno por medio de las franquicias del Tratado en favor de la Argentina, sobrepesaba la actitud entreguista de los regímenes oligárquicos que vendieron nuestras riquezas al capital anglo-norteamericano. La crítica de los diversos partidos y de la opinión pública liquidó y relegó al olvido el Tratado.

El gobierno se demostró incapaz de conjurar la grave crisis nacional. Los liberales servían la causa de la oligarquía reaccionaria, dueña de la tierra y de los bancos; los comunistas no presentaron ninguna solución, o plan, limitándose a sancionar las diversas alzas de precios, pero ante las masas desenvolvían la más desvergonzada demagogia, jugando de tal manera en dos planos: en el gobierno, donde utilizaban las ventajas del poder para satisfacer su política pro-soviética, y en la calle, frente a las masas, haciendo oposición a costa de liberales y radicales, para ganar los beneficios consiguientes. Los radicales, a pesar de la acción de algunos dirigentes responsables y sinceramente reformistas, vivían en el limbo de la burocracia, tironeados por los opuestos arrullos de liberales y comunistas. Y como existen en función de las luchas parlamentarias y presidenciales yacían como el asno de Buridan,

sin decidirse, sin tomar medidas, sin adoptar resoluciones, por temor a herir a sus posibles aliados eleccionarios.

Mientras tanto el proceso inflacionista alcanzaba su punto más elevado. El alza del costo de la vida llegaba a cifras odiosas. Los desniveles entre los salarios y sueldos y los precios se acentuaban burlando los pequeños aumentos. El proletariado y la clase media sufrían la escasez, el sub-consumo, el encarecimiento, la miseria y la inseguridad. Únicamente una ínfima minoría de grandes poseedores y especuladores vivía feliz en medio de este caos, realizando pingües ganancias.

La realidad indicada señalaba la urgencia, si el Gobierno quería salvarse de la quiebra y la dictadura reaccionaria, de unificar un criterio definido para enfrentar la crisis y superar por medio de una gran política económica, planificada, severa y fecunda, movilizándolo integralmente los recursos humanos, materiales y técnicos del país, en un grandioso esfuerzo colectivo para remontar tan dolorosa situación. Esta llegó a un instante en que presentaba un aspecto peligroso y temible. Una burguesía escindida en sectores rivales, pero ansiosa de tranquilidad para sus negocios; un proletariado anarquizado y sometido a gimnasia huelguística, no obstante amenazador, en torno al cual se agrupaban más y más los sectores pequeños-burgueses y los campesinos; la preocupación constante de un estallido violento, síntoma del cual eran las peticiones permanentes de los gremios más diversos, pero sin la perspectiva de una solución definitiva, tal era la situación hecha de encargo para un golpe de Estado. Ante tal amenaza y la presión de las poderosas fuerzas económicas reaccionarias nacionales e internacionales, González Videla viró de frente hacia la derecha y trató de realizar un gobierno "fuerte", para superar la demagogia e inercia de su combinación primera. Resultado de este cambio fue la salida de los comunistas del gobierno y su expulsión violenta de los diversos cargos ocupados en la Administración Pública; reemplazándoseles por una abierta coalición radical-liberal, respaldada por las fuerzas armadas. La burguesía agraria, industrial y bancaria pasó a tomar el comando político del país y pronto impuso su completo dominio desatando una implacable persecución al Partido Comunista y a las organizaciones de la clase trabajadora. Para guardar las apariencias jurídicas, el gobierno hizo aprobar la "Ley de defensa permanente de la democracia", de típico contenido fascista.

INDEPENDENCIA Y REORGANIZACION DEL SOCIALISMO CHILENO

En medio de la vorágine, el Partido Socialista mantuvo una posición independiente y crítica, mesurada y digna frente al gobierno, a las fuerzas reaccionarias y a los partidos democráticos. Ante las masas señaló con claridad y ponderación la realidad objetiva imperante, debeló los intereses en juego y las actitudes inconsecuentes que restituyeron el poder a las Derechas y denunció

la amenaza fascista.

¿Cuál era el panorama socio-político en 1947-48 donde se movía el Partido Socialista, como reserva política del futuro de las clases populares nacionales?

La plutocracia se había fortalecido y robustecido en sus posiciones económicas y sociales por la incapacidad de los gobiernos de "izquierda" permitiéndole ganancias desorbitadas y especulaciones gigantescas, y por la vacilación de los partidos populares, anarquizados a causa de los virajes oportunistas. Naturalmente, a consecuencia de su poderío económico-social, las derechas reaccionarias pasaron de nuevo a controlar el poder político determinando en lo sucesivo la orientación de la Presidencia de González Videla.

Los radicales, al representar los intereses de un sector de la alta burguesía y los de la burguesía media, desorientada y apegada a la burocracia, han sido siempre el eje de las combinaciones centristas o de derecha en las que la burguesía financiera e industrial mantuvo intocados sus intereses. El Partido Radical al expresar fundamentalmente los intereses de una clase indefinida no interpreta ninguna, de donde deriva su desubicación histórica; de ahí también su carencia de una posición clara, haciendo de instrumento de la derecha o de la extrema izquierda. En los días de Duhalde y primeros del gobierno de González Videla la influencia del Partido Comunista en sus decisiones imperó como una consecuencia de las repercusiones de la situación internacional y de la demagogia e impaciencia de la pequeña burguesía de sus filas, y provocó la separación del sector burgués y conservador para constituir el Partido Radical-Democrático. En el pasado, el Partido Radical, fue, a menudo, el punto de apoyo para que la burguesía más reaccionaria recuperara el control del país. En esos años de 1946 y 1947 al hacer de freno para una acción verdaderamente democrática y popular, al servicio de los intereses del comunismo o de la derecha, en definitiva permitió una vez más, el desplazamiento del gobierno hacia las manos de las fuerzas reaccionarias.

El Partido Comunista en esos años no orientó a las masas hacia su liberación; las incorporó únicamente al juego de los intereses internacionales de la burocracia stalinista; y por tal motivo combatía abiertamente al Partido Socialista, también conglomerado obrero y revolucionario, a pesar de sus errores, o sea, su rival en el campo de las luchas sindicales y políticas de clase y enemigo de la política stalinista; en cambio necesitaba del Partido Radical para apoyarse en la burguesía con el objeto de neutralizar momentáneamente y poder crecer sobre la base de una agitación constante de aquellas reivindicaciones que su misma actitud impedía solucionar. En aquellos años la política comunista sólo jugaba en función de las contradicciones internas de la burguesía para servir con su influencia entre los obreros a uno u otro sector de ella o de la pequeña burguesía. Era una gimnasia que conducía, en último término, a la dictadura reaccionaria y a la derrota.

Frente al rumbo de los dos más poderosos partidos determinantes de los rumbos de la actividad popular, el Partido Socialista, mantuvo una actitud de ataque abierto a las fuerzas reaccionarias y de clarificación frente a radicales y comunistas. Defendió con valor las garantías democráticas y denunció con entereza los métodos fascistas de Gabriel González y su gobierno de "concentración nacional"; propició con energía un programa armónico para unificar y dirigir la economía, producción, comercio exterior y crédito. Este programa significaba prácticamente la necesidad de planificar la economía por el Estado, la nacionalización de las industrias fundamentales; el desarrollo de la producción e industrialización del país, con el fin de mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras.

El Partido Socialista especificaba claramente que "producir más en el campo debe significar la destrucción de la gran propiedad agraria para entregarla a manos de miles y miles de trabajadores en propiedad privada, colectiva, mediera o bajo explotación de cooperativas de producción y junto con esto la atención del Estado en lo que se refiere a la maquinaria, la instrucción técnica, los abonos, el crédito. Producir más en la industria es patrocinar la intervención del Estado en las empresas y la nacionalización de aquellas que por su importancia en la economía nacional (servicios públicos, materias primas, transportes, energía eléctrica), deben ser ayudadas por el gobierno a fin de permitirles su mantenimiento normal. Producir más significa aumentar la capacidad de consumo de las masas mejorando sus jornales, librando a los campesinos de sus miserias crónicas y abriendo las posibilidades del mercado interno para un desarrollo industrial importante".

El Partido Socialista en aquella confusa y trágica época, por su claro programa, por su independencia política, por su reorganización interna, por la demostración práctica en diversas oportunidades de su comando acertado de las masas populares en sus acciones para impedir el fascismo y para lograr sus reivindicaciones, dejó la impresión profunda que podía transformarse en una poderosa fuerza social y política de Chile. La política socialista lanzada sin vacilaciones hacia la ruptura de las clases poseedoras y de los grupos políticos, consciente o inconscientemente al servicio de sus intereses reaccionarios, clarificó que no existía oposición entre la lucha por consignas democráticas simultáneas con consignas socialistas, por cuanto se combatía en una sociedad y en un instante en el cual el desarrollo de las fuerzas productoras exigía cambiar y las clases poseedoras de los medios de producción trataban de conservar.